

OCTAVIO SALAZAR

LA VIDA, EN COMÚN

Los hombres (que deberíamos ser)
después del coronavirus



Galaxia Gutenberg

OCTAVIO SALAZAR BENÍTEZ

La vida en común

Los hombres (que deberíamos ser)
después del coronavirus

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2021

© Octavio Salazar, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:

ISBN: 978-84-18526-12-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción. Un hombre alarmado.	13
Los viejos hombres nuevos	23
Los hombres «sin público»	31
Los hombres que ayudan a las mujeres	45
Los hombres con reloj	59
Los hombres padres.	67
Los hombres jubilosos.	83
Los hombres heroicos	99
Los hombres que no aman a las mujeres	109
Los hombres máquina	127
Los hombres emocionados	137
Los hombres enredados.	149
Los hombres que miran lo que miran las mujeres	159
Los hombres cuidadores	169
Los hombres sin púlpito	179
Lo personal es político.	187

... Pero sin política no hay cambios que valgan	197
Otra humanidad es posible	207
Epílogo	213
Bibliografía	215

Para Fer, cuidador

«Cuando se llega a la embriaguez del delirio se hace necesario despertar, volver a despertar.»

MARÍA ZAMBRANO

INTRODUCCIÓN

Un hombre alarmado

Nunca olvidaré que la última actividad que hice de manera presencial, antes de que se decretara el estado de alarma en nuestro país, fue en Sanlúcar de Barrameda. Durante dos días, en concreto el 11 y el 12 de marzo de 2020, estuve impartiendo talleres dirigidos a estudiantes de Secundaria y Bachillerato sobre por qué el feminismo es cosa de chicas y de chicos. Además de mis últimos paseos al aire libre, que tuve la suerte de dar por la playa, muy cerquita de Doñana, recordaré siempre la reacción bastante airada que encontré en un sector importante de aquellos jóvenes. Una reacción que me sorprendió que procediera no tanto de algunos chicos, lo cual es más habitual sobre todo en estos contextos donde los machotes se crecen y se animan entre sí, sino de algunas chicas. Hubo incluso alguna joven que llegó a decirme que las mujeres estaban demasiado protegidas y que eso del feminismo era una exageración. Afortunadamente, no todos ni todas

mantuvieron esas posiciones. Recuerdo que, al finalizar las charlas del primer día, un chico vestido con chándal y con cuerpo de deportista se acercó para darme las gracias. Ese mismo día empezamos a seguirnos por Instagram. En ese espacio, en el que él se sentía mucho más cómodo, iniciamos una conversación poco habitual entre hombres. Fue así como descubrí que era futbolista en un equipo local, que con frecuencia discutía con su madre o, lo más relevante para mí, que él mismo había empezado a ser consciente de lo importante que era cambiar las masculinidades que dominan el mundo del fútbol. Ya en aquella primera charla, cuando se rumoreaba en los medios con insistencia la posibilidad de que el gobierno empezara a tomar medidas extraordinarias ante la extensión del coronavirus, él me manifestó su inquietud ante lo que supondría quedarse sin entrenar, sin poder ir al instituto, sin salir con los amigos. Las premoniciones se cumplieron. Justo al día siguiente, cuando estaba terminando mis talleres, un funcionario del Ayuntamiento de Sanlúcar nos indicó que ese mismo jueves iban a cerrarse todas las dependencias municipales y que, para evitar mayores trastornos, se nos permitiría acabar con nuestra actividad. Ese fin de semana todas y todos empezamos a vivir, por primera vez en la historia de nuestra democracia, las limitaciones que supone un estado de alarma, amplificadas por la amenaza de una

pandemia que día tras día se llevaba cientos de vidas por delante. Nadie entonces podía imaginar que llegaríamos a vivir hasta tres estados de alarma en un mismo año.

Durante las semanas de encierro obligatorio, me acordé mucho de Alberto, que así se llama el futbolista gaditano, y de los y las adolescentes que en Sanlúcar me cuestionaron con tanta vehemencia. Tuve tiempo de darle muchas vueltas a los múltiples debates y conversaciones que, en torno a los hombres y el feminismo, he tenido en los últimos dos años, desde que viera la luz mi libro *El hombre que no deberíamos ser*. Un librito que, en estos meses de tantos interrogantes, he comprobado que muchos hombres, de todas las edades, están descubriendo. Raro es el día en que no recibo algún mensaje, algún comentario en redes o alguna reflexión de quienes están usándolo como si fuera un espejo.

En los días de confinamiento tuve mucho tiempo no solo para leer o escribir, sino también para pensar, en medio de la montaña rusa de emociones que me imagino todas y todos compartimos. Supongo que la mayoría vivimos esas semanas como una prueba de resistencia personal y familiar. Entre otras muchas sacudidas, es posible que, como yo, sintierais que, de repente, el mundo en el que vivimos se volvía incomprensible, incierto, hasta desconocido. De alguna manera, fue como

si por primera vez tuviéramos que enfrentarnos a una realidad en la que no había más remedio que aceptar que el caos podía más que el orden. Educados para la omnipotencia, como si fuéramos dioses, un maldito virus nos había colocado frente una evidencia que nos debería hacer pensar: la urgencia de aprender a gestionar lo que ignoramos, lo que es incierto, el futuro que deja sin sentido al presente acelerado.

Ahora bien, también es justo reconocer que ni todos ni todas disfrutamos de las mismas condiciones durante el primer estado de alarma, ni del mismo espacio vital, ni de los mismos recursos materiales, y ni siquiera de tiempo. Como toda crisis o situación excepcional, las brechas de todo tipo –de género, sin duda, pero también sociales y económicas– han vuelto a demostrarnos lo lejos que estamos de una sociedad de iguales. Yo, lo confieso, viví el confinamiento y los meses posteriores desde el privilegio de ser un hombre sin grandes responsabilidades familiares, con un sostén económico apenas disminuido, con una casa amplia y con terraza, en la que además pude seguir trabajando sin miedo a los contagios. Desde esa posición confortable, he reflexionado, he escrito, y he comprobado, entre el dolor y la impotencia, que, tal y como afirma Boaventura de Sousa Santos en *La cruel pedagogía del virus*, el sistema iba garantizando la supervivencia de los cuerpos más valorados socialmente.

En ese tiempo que ahora parece casi una distopía que hemos soñado, yo también me pregunté, como lo hizo Daniel Innerarity en su libro *Pandemocracia: una filosofía de la crisis del coronavirus*, si podría sobrevivir a tanta proximidad. Es decir, si yo mismo estaba preparado para vivir tanto tiempo en un espacio privado e íntimo, sin distancias y sin las posibilidades de interacción, y al mismo tiempo de anonimato, que nos ofrece la vida moderna. Entre tanta pregunta sin respuesta, no dejé de pensar –ni dejo de hacerlo todavía hoy, cuando seguimos viviendo una situación excepcional– en las consecuencias de la pandemia a nivel global. No me refiero solo a los efectos económicos o sociales, que los meses posteriores han confirmado, sino a cómo lo que estamos viviendo cambiará nuestras vidas, nuestra manera de relacionarnos, nuestras prioridades. Mucho me temo que no habitaremos una «nueva normalidad», porque lo normal, además de normativo, remite siempre a lo repetido y asentado, a lo que sigue un carril compartido y duradero. Y ya nada, o casi nada, volverá a las pautas que habíamos incorporado a nuestras vidas. La normalidad, para alguien como yo que siempre ha defendido que todas y todos somos monstruos, ha sido siempre más una amenaza que una zona de confort. Me temo también que a todas y a todos nos va a tocar reinventarnos en un momento en el que el futuro tiene las piernas muy cortas y el presente es un escenario incierto. De ahí

la necesidad de poner nuestras inteligencias a trabajar y, sobre todo, a cooperar. Porque, tal vez, no nos quede más remedio que asumir que hace ya algún tiempo que las democracias viven en una suerte de estado de excepción permanente.

No soy de los radicalmente optimistas, es decir, de esos que piensan que esta crisis está sacando del ser humano valores positivos como la solidaridad o la empatía. No dudo que eso esté pasando en algunas experiencias concretas, pero creo que, en general, nos estamos volviendo más desconfiados, individualistas y hasta egoístas. Este momento crítico, en todos los sentidos, nos va a obligar a tal reajuste de nuestro lugar en el mundo que no creo que nadie tenga claro cuáles van a ser las proyecciones a medio plazo ni cómo va a reaccionar una humanidad que, si algo ha demostrado a lo largo de su historia, es que no siempre aprende las lecciones como es debido. Con demasiada frecuencia, somos unos seres desmemoriados, mucho más en este país nuestro. La realidad de los meses que siguieron al estado de alarma, las distintas fases de desescalada y un verano de terrazas y mascarillas juguetonas así lo demostraron. Después, en un otoño en el que el virus nos ha obligado a continuar surfeando sobre el miedo y la incertidumbre, no hemos hecho sino volver a enfrentarnos al temario del que nos suspendieron en junio, cada vez más alarmados, cansados y desconcertados.

Como hombre que cada día se cuestiona las expectativas de género a las que sigue respondiendo, y que trata de ir soltando, no siempre con éxito, el lastre que el machismo dejó en su mochila, esta crisis ha provocado que también observe lo que está pasando desde la perspectiva del lugar que mujeres y hombres estamos jugando en ella. De ahí que no haya dejado de interrogarme sobre los valores que de repente algunos y algunas parecen haber descubierto, y que siempre fueron invisibles o devaluados al identificarlos como femeninos. O sobre la necesidad imperiosa de, más allá de las consecuencias de la pandemia, darle un giro a nuestra concepción de los espacios y los tiempos. O sobre cómo seguimos configurando nuestras subjetividades, o lo que es lo mismo, ese conjunto de razones, emociones e impulsos que la cultura ha tratado siempre de moldear en función de unos patrones de lo masculino y lo femenino. Ha sido así como he llegado a convenirme de que este momento crítico podría ser una magnífica oportunidad para iniciar en serio un proceso revolucionario que nos llevaría a mujeres y a hombres a firmar un nuevo pacto social. Porque es como si de golpe, sin esperarlo, con la contundencia que ha tenido la pandemia y con la brutalidad de sus efectos, nos hubieran puesto delante de nuestras narices muchos aspectos de la realidad que hasta ahora no queríamos ver, o que habíamos expulsado a las afueras, o que sim-

plemente estimábamos secundarios. Una situación extraordinaria que nos obliga a todas y a todos, pero muy especialmente a nosotros, los hombres, a empezar o a continuar un proceso que debería inmunizarnos de manera definitiva frente al machismo. ¿Te animas, compañero de fraternidad a ser parte de este viaje? ¿Te sumas a quienes entendemos que esta crisis, como todas las crisis, puede ser también una oportunidad? ¿Estás dispuesto a hacer un ejercicio, que –avanzo– no será ni fácil ni cómodo, de revisión de ese machito que sigues teniendo dentro?

Empecemos mirando la realidad, la que teníamos antes del estado de alarma y la que hemos empezado a vivir después, y evitemos centrarnos en nuestro ombligo. Mantengamos una prudente distancia de seguridad con respecto a quienes siempre están al acecho para tratar de convencernos de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Porque si el machismo siempre mira hacia atrás, en una especie de bucle melancólico con respecto a un tiempo en el que nadie cuestionó nuestro dominio, el feminismo siempre lo hace hacia delante. En el siglo que vivimos, necesitamos más que nunca políticas, gobiernos y, en general, personas, capaces de anticiparse y de contrarrestar esa peligrosa tendencia a eso que Zygmunt Bauman ha bautizado como «retrotopía». Es decir, la vuelta a los valores del pasado como solución. Una amenaza de la que

saben mucho las mujeres. Escuchémoslas. Yo al menos, optimista por naturaleza, profesor de jóvenes juristas y padre de un hijo que empieza su vida propia, no me puedo permitir el lujo de quedarme atrapado por el tiempo. Como en aquella película del día de la marmota.